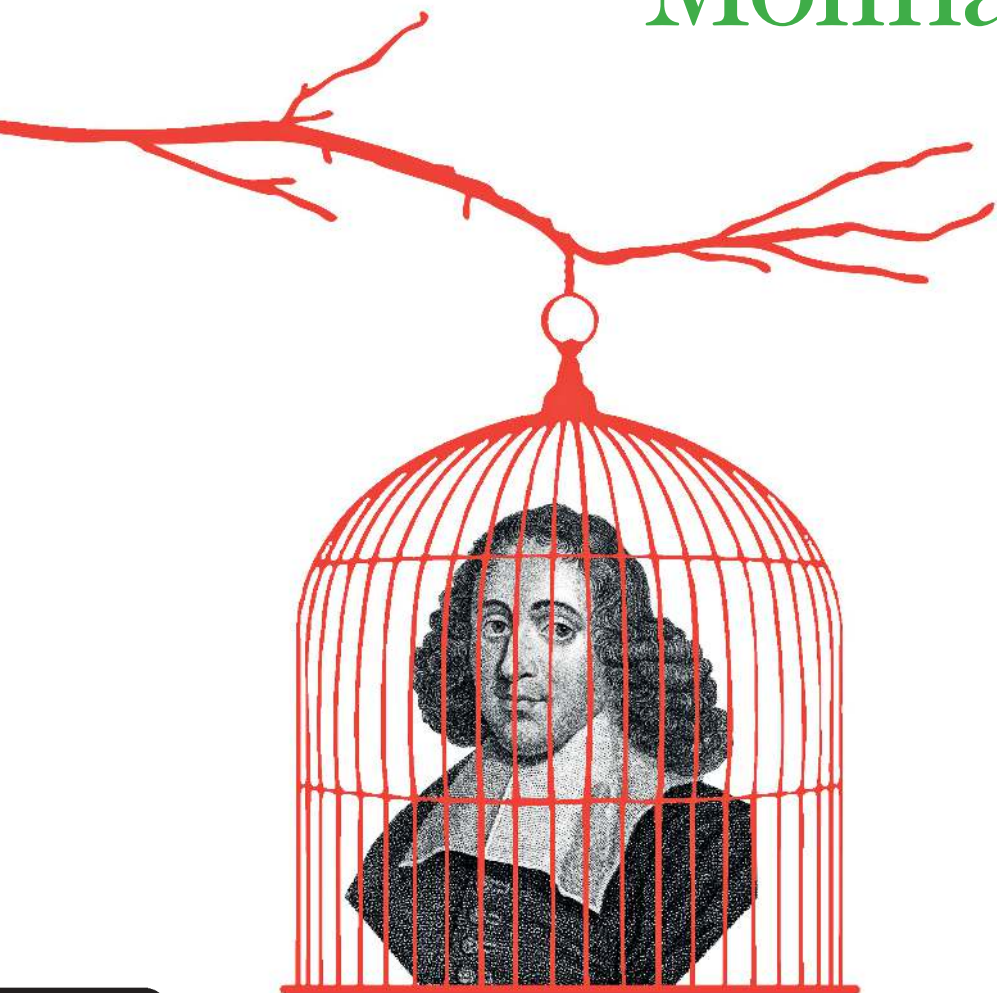


César Antonio Molina



DESTINO

César Antonio Molina

La caza de los intelectuales

La cultura bajo sospecha

© César Antonio Molina, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2014

ISBN: 978-84-233-4797-1
Depósito legal: B. 5.759-2014
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Las manos de Cicerón	11
Extraños a sí mismos.	53
La lección que nunca aprendemos.	67
Los mártires de la intolerancia	72
Un filósofo contra la cultura	82
Un amigo del pueblo	87
Las luces de la Ilustración	102
Los males de España	113
¿Quiénes son más patriotas?	126
Un intelectual perdido en la política	146
Camus, el anfitrión de la República española	199
El periodismo bajo sagrado	206
La razón contra el poder de la injusticia	212
Batallas contra la libertad del pensamiento y la opinión pública	230
Cómo demoler a un intelectual	237
Prisionera soviética en el Leningrado cercado por los nazis	276
El contrapoder de los intelectuales	288
Cultura colaboracionista	320
El más villano de los escritores	346
La belleza de París y el horror. O ¿qué sucedería si Hanna Schmitz, la protagonista de <i>El lector</i> , hubiera leído el <i>Diario</i> de Hélène Berr?	355
El dios de Auschwitz-Birkenau no nos debe ninguna explicación, pero nosotros sí se la debemos.	361
Cultura, poder y piedad	409
La traición de los intelectuales.	429

Contra la esterilidad del realismo socialista.....	437
Cultura al servicio de la dictadura soviética	463
El odio a la cultura	472
Democratización y rechazo intelectual	477
Cultura sin cultura	484
Poco país para tantos genios	490
Los pueblos felices no tienen historia	496
¿Era Europa la solución?.....	500
Mohicanos y bárbaros en el gueto.....	507
Second life.....	518

LAS MANOS DE CICERÓN

El final de Marco Tulio Cicerón, entre otros muchos y terribles finales provocados por los enfrentamientos entre los intelectuales y el poder, fue uno de los más trágicos. Cicerón había desplegado todo su poder oratorio contra Marco Antonio y éste juró vengarse de las *Filípicas* ciceronianas. El escritor, que había apoyado a Bruto y a Octavio, nunca pensó que el joven heredero de César, que marchaba contra su antiguo lugarteniente, se uniera a él finalmente para constituir un nuevo triunvirato formado por Antonio, Lépido y Octavio. El Senado nombró cónsul a Marco Antonio, anuló la amnistía otorgada a los asesinos de César y, por insistencia del propio Marco Antonio, se redactaron varias listas de personas no afectas que deberían morir. Las listas, o proscripciones, incluían a unos doscientos senadores y a otros dos mil caballeros romanos sentenciados a ser asesinados sin juicio. Sila ya lo había hecho durante su dictadura y el triunviro aplicó de nuevo este decreto con el fin de proteger su dominio en Italia mientras se disponían a marchar sobre el Oriente en persecución de los asesinos de Julio César. Octavio rechazó la inclusión de Cicerón, pero ante la insistencia de Marco Antonio no tuvo más remedio que aceptarlo. En una de las cartas «a los familiares», Cicerón había hecho un comentario irónico sobre Octavio que, parece ser, llegó a sus oídos. Decía que había que colmarlo de elogios, cubrirle de honores y quitárselo de en medio. Mientras tanto, el escritor emprendió la huida de Roma sin rumbo fijo. Trató de

embarcar hacia Macedonia, donde se hallaba Bruto con un ejército, pero su confianza en Octavio le hizo quedarse merodeando entre sus casas de campo. Al principio lo acompañaba su hermano Quinto, quien al separarse y retornar a su hogar, denunciado por los esclavos, fue asesinado junto con su hijo. Cicerón fue localizado en Fornias por sus dos asesinos, quienes alcanzarían la ignominia universal y eterna por esta acción. Uno era el centurión Herenio y el otro el tribuno Popilio. Cicerón se había esmerado en la defensa de este último, acusado de parricidio, y, por lo tanto, era deudor de su inteligencia y generosidad, dado que no se recibían emolumentos por ese tipo de servicios. Cicerón había emprendido la marcha en litera y los asesinos le cortaron la cabeza nada más alcanzarlo. Hasta allí los había conducido otro ingrato, un liberto de su hermano al que el escritor había educado e instruido años atrás. Marco Antonio había ordenado cortar-le la cabeza y las manos. Y al recibir este sangriento presente, lo hizo colgar en Roma sobre los Rostra, junto a la tribuna desde la cual el descuartizado había hablado tantas veces contra él. Otras versiones relatan que después de que le entregaran los despojos a Marco Antonio, éste los hizo depositar en el regazo de su tan denostada mujer. Fulvia, anteriormente esposa de Clodio, otro de sus grandes enemigos, le arrancó la lengua al cadáver del filósofo y la pinchó reiteradamente con una horquilla de su pelo. Esto lo cuenta Dión Casio. ¡Pocas venganzas tan terribles y crueles como ésta! El luctuoso suceso aconteció el día siete de diciembre del año cuarenta y tres antes de Cristo, cuando Cicerón estaba a punto de cumplir sesenta y cuatro años. De Plutarco obtenemos la siguiente reflexión: «¡Espectáculo terrible para los romanos!, quienes no veían ciertamente el rostro de Cicerón, sino la imagen del alma de Marco Antonio, salvaje en extremo». El relato de la vida de Cicerón llevado a cabo por Plutarco es muy literario y las premoniciones que el historiador cuenta que tuvo Marco Tulio sobre su final son extremadamente poéticas: «... se acostó para descansar. Entonces la mayoría de los cuervos

se posaron en la ventana graznando de un modo tumultuoso; pero uno de ellos se acercó al lecho, en donde reposaba con la cabeza cubierta, le destapó la cara retirando suavemente la ropa con el pico...».

He admirado las obras de Marco Tulio pero, sin embargo, me ha llevado más años reconciliarme con su personalidad. Las cartas a sus familiares, pero especialmente las remitidas a Ático y a Bruto, han ayudado mucho. En ellas es donde se muestra más humano y son un documento fundamental para conocer su vida pública y privada. Ático era su gran amigo, su cuñado, su editor y su librero. Un interlocutor excepcional. En *Cartas a los familiares* se recoge la que le manda a Gayo Memio, en donde le dice, entre otras muchas cosas, que «quiero a Pomponio Ático como a un segundo hermano. Nada me resulta más querido ni más grato que su amistad». Cicerón ensalza su cultura y su lejanía de las intrigas. Ático, además, era un famoso librero y editor que, en vida y luego póstumamente, ayudó a difundir la obra del autor del tratado *Sobre la amistad* a él dedicado. Escapó de Atenas durante las luchas entre Mario y Sila y aunque tuvo varios negocios el principal fue el de los libros. También casó a su hermana con un hermano de Cicerón, Quinto. Cornelio Nepote escribió su biografía. Comerció con libros y también reunió una gran biblioteca, para lo que tenía cientos de copistas, en su mayoría esclavos. En Roma, en el Argileto, detrás del Foro, pero también en otros espacios céntricos, como uno muy próximo al templo de Vertumno, y en las proximidades del templo de Jano, en el extremo superior del Foro, se instalaron los primeros librereros. Los libros se anunciaban a través de carteles y en esas primeras librerías se reunían intelectuales, escritores y compradores.

Las cartas eran un género literario y periodístico confesional, además de un documento extraordinario. El propio Cicerón definía las epístolas de esta manera tan sabia: «no ignoras que existen muchos géneros de cartas, pero el más genuino entre ellos, aquél para el que la misma se ha inventado, es el destinado a informar a los ausentes cuando hay algo que

a nosotros o a ellos interesa que sepan...». Esto se lo comenta a otro interlocutor, Curión, en las *Cartas a los familiares*. Las cartas son para Cicerón una conversación espaciada, en donde se utiliza un lenguaje coloquial. No son públicas sino privadas, no se debe darlas a la luz pública excepto que éste sea el deseo del remitente, «pues ¿quién, con sólo conocer un poco las costumbres de las gentes honradas, sacó nunca a la calle y recitó en público las cartas recibidas de un amigo, aun mediando alguna ofensa?». Cicerón escribía las cartas con el mismo afán y dedicación que cualquiera de sus otras obras, tanto es así que siempre pensó en seleccionarlas y publicarlas en alguna antología. No la totalidad de las mismas (conservamos un millar, lo cual quiere decir que las escritas eran muchas más), sino una recopilación. «No hay ninguna edición de mis cartas, pero Tirón tiene alrededor de setenta y pueden tomarse algunas de las tuyas. Conviene que yo las repase y corrija. Entonces se podrán publicar por fin.» Es curioso que, siendo un maestro de la epistolografía, confiese su escasa afición a redactarlas en una misiva a Celio. El liberto Tirón fue uno de los más fieles colaboradores de Marco Tulio y entre ambos inventaron una especie de taquigrafía, que fue copiada por Julio César. Tras la muerte de su señor, Tirón se dedicó a la recopilación de los escritos inéditos, así como del cuidado de la edición de otros muchos. El afecto por su colaborador está reflejado en el contenido de una carta que le hace llegar mientras él se encuentra enfermo. Cicerón le dice que se cuide, que no repare en gastos con los médicos y que se dedique únicamente a cuidar de su salud: «me has brindado innumerables servicios en casa y en el foro, en Roma y en la provincia, tanto en asuntos privados como públicos, así como en mis estudios y en mi actividad literaria. No tengo ninguna otra preocupación más que tú estés bien. Ten por seguro, mi querido Tirón, que no hay nadie que no me quiera que al tiempo no sienta lo mismo por ti». ¿Cicerón ingrato? La sombra de Julio César arrojó muchos prejuicios sobre su persona. «Respecto a lo que me escribes de que mi carta ha sido divulgada, no me lo tomo

a mal. Incluso yo mismo se la di a muchos para que la copiasen», le dice a Ático. Cicerón ve en las epístolas un interés oculto por parte del propio autor para darlas a conocer, para transmitir la información más allá del ámbito privado.

En las epístolas surge el padre atormentado por la muerte de su hija Tulia y el padre preocupado por la inconstancia de su hijo. En las cartas se habla de la amistad, de la vida cotidiana y de los infortunios debidos a la persistencia en las propias ideas políticas. Cicerón pagó con su vida la legítima defensa de los ideales republicanos. Persiguió a Catilina, no soportó a Julio César ni a Marco Antonio, pero titubeó a veces en los enfrentamientos directos contra ellos. Sabía que su vida corría peligro y que salvándola se procuraba la posibilidad de tener más tiempo para lograr sus fines. No formó parte del complot contra Julio César, pero fue el confabulador intelectual. Luego, si Pompeyo lo decepcionó como político, también lo hizo Bruto. Cicerón sentía por el asesino de César, que supo destruir la tiranía de César pero luego fue incapaz de restaurar la República, una gran admiración intelectual, una devoción que dejó suscrita en la dedicatoria de varias de sus obras.

En las cartas es donde Cicerón se confiesa más humano, lejos de la soberbia de su sabiduría. Suetonio dijo que eran aún más perfectas que sus discursos y creo que tenía razón. Muchas veces, cansado, renuncia temporalmente a la batalla política y se refugia en las casas de campo fuera de Roma, en donde se entregaba únicamente al estudio y la escritura. Pero otras veces se echaba también en manos de la inactividad: «mi ánimo siente una total repugnancia a escribir, cualquier motivo me parece bueno para no hacer nada», le susurra a Ático. Cicerón debatiéndose entre el deber y la propia convicción de la inutilidad de sus esfuerzos intelectuales. Ático se convierte en el confesor privilegiado y a él nada le oculta: «descanso un poco en medio de estas miserias cuando, por así decirlo, hablo contigo y sobre todo mucho más cuando leo tus cartas». En esa misma misiva, fechada en Formias en marzo del 49 a. J.C., añade: «yo hablo contigo como conmi-

go mismo y ¿hay alguien que no discuta consigo mismo en un sentido o en otro sobre asunto tan importante?». A medida que el tiempo pasa y que Cicerón va cayendo en su propio laberinto le comenta a su privilegiado interlocutor: «tú, sin embargo, escíbeme, por favor, con la mayor frecuencia posible, sobre todo porque nadie más me escribe». Cicerón lee, escribe, se abandona a los pensamientos, sufre por el devenir del Gobierno de Roma, se preocupa por su situación económica, le pesa el divorcio y la nueva boda obligada también por los apuros monetarios, lucha para que la memoria de su hija Tulia no desaparezca tras su muerte y aconseja a su hijo que obre siempre con dignidad: «en toda la vida es menester no apartarse uno ni el grueso de una uña de la recta conciencia» (a Ático).

Cicerón apoyó a Pompeyo contra Julio César, ya que lo consideraba un gran general, menos inteligente que César pero también menos ególatra y más moldeable para los intereses de la República. Sin embargo, esas virtudes fueron precisamente las que lo derrotaron. Finalmente, Cicerón se da cuenta de ello y, en misiva a Ático, le dice: «... pero ahora también lo tengo por el menos político de todos, pero ahora también por el menos apto como general». Cicerón tiene la mala conciencia de no haberse ido con Pompeyo y evitar así su miedo, su cúmulo de errores, la indignidad de su fuga y, finalmente, la derrota total. «En efecto, no hacía nada digno de que yo me uniera a él como compañero de fuga. Ahora resurge el afecto; ahora no puedo resistir la añoranza; ahora no me sirven de nada ni libros, ni cartas, ni filosofía. Así me paso días y noches mirando al mar...» (a Ático).

A Julio César, Marco Tulio le tenía cierto afecto personal y respeto intelectual, pero veía en él a un gran y complejo enemigo político. Y a César le sucedía lo mismo con Cicerón. Sin embargo, César estaba convencido de que su poder de convicción lo haría cambiar de parecer, moderar sus ideas e incluso tenerlo como cómplice, ya que necesitaba de su prestigio político. También necesitaba su prestigio cultural y por

eso lo visita varias veces. Como resultado de estas entrevistas surgen comentarios pacíficos por ambas partes. En una carta de marzo del 49, el general César saluda al general Cicerón de la siguiente manera: «Ante todo te pido, puesto que confío en llegar rápidamente a la Urbe, verte allí para poder aprovechar tu consejo, tu influencia, tu autoridad, tu concurso en todos los asuntos». Cicerón le contesta halagado y se muestra como el mejor interlocutor o mediador entre César y Pompeyo. Él es amigo de la paz y de ambos por igual, pero no puede hacer nada. César es magnánimo y en otra epístola enviada a Marco Tulio resalta que nada hay tan alejado de él como la crueldad. César había perdonado a quienes sabía que le volverían a hacer la guerra de nuevo: «llevas razón al conjeturar respecto a mí (pues me conoces bien) que nada hay más lejos de mí que la crueldad. Y de la misma manera que el hecho en sí me produce un gran placer, el que tú apruebes mi acción me inunda de alegría. Y no me afecta que se diga que aquellos a quienes he perdonado se marcharon para hacerme de nuevo la guerra; pues nada me agrada más que actuar de acuerdo conmigo mismo y que ellos lo hagan consigo...». Privadamente, entre César y Cicerón hay cierta complicidad. César busca su apoyo y Cicerón le promete implícitamente su silencio, pero a cambio le pide que no los vean juntos en la capital. Esto lo charlan personalmente y Cicerón le confiesa a Ático que el general no quedó muy contento: «pero me agradé a mí mismo, cosa que no me sucedía hace ya tiempo». César fue más benévolo con Cicerón y éste hizo lo mismo con César. No sucedió así con Marco Antonio, personaje menos preocupado por el intelecto, más interesado en engrandecer la fortuna personal y el poder. Las cartas que le envía a Cicerón son amenazantes, irónicas, irrespetuosas y de un cinismo extraordinario. En la que le hace llegar en mayo del 49 le anima a que no abandone Italia, puesto que la marcha de un personaje como Cicerón le causaría a César una pésima publicidad para sus fines. Marco Antonio le declara su afecto, «más del que tú supones», así como un «aprecio ex-

traordinario», y añade: «no puedo creer que pienses atravesar el mar, cuando tienes en tanta estima a Dolabela (su hijo político) y a tu Tulia (su hija), una mujer de singulares cualidades, y tanta te tenemos todos nosotros, que, por Hércules, casi nos preocupamos más por tu prestigio y posición que tú mismo». Antonio le dice que a nadie aprecia más que a él, exceptuando a César, y que el mismo Julio César lo tiene por uno de los suyos. Y luego le avisa de que manda a un tal Calpurnio para que cuide de su vida y posición. César le escribe igualmente, recordándole que no cometa imprudencias, pues la situación ya está decantada. Da a entender que comprende sus motivos y los respeta, pero le pide que aunque no lo apoye se mantenga apartado de las contiendas civiles, pues «¿qué conviene más a un hombre bueno, pacífico y buen ciudadano?».

César es muy comprensivo con Cicerón, ensalza su saber y lo pone a su altura. Sabe que no es partidario suyo, pero valora la no acción física que desarrolla frente a él. César se había incautado violentamente del tesoro del Estado y con ese dinero había partido a Hispania. Lépidio fue nombrado prefecto y Marco Antonio obtuvo los plenos poderes de gobierno. Julio César y Marco Antonio no consiguieron de Cicerón que renegara públicamente de Pompeyo y permaneciera en Italia. A pesar de ser vigilado se fugó en barco a Epiro. Su hija, que acababa de dar a luz, permaneció con su madre en Cumas. Era el año 48 antes de Cristo. Cicerón conecta con el campamento de Pompeyo y el panorama que ve es desolador. César vuelve victorioso de Hispania, es nombrado dictador, convoca elecciones y sale cónsul. Luego renuncia a la dictadura y marcha contra Pompeyo. Llega a Epiro con Dolabela, el yerno de Cicerón, que le escribe a su suegro recriminándole por haberse pasado a unas tropas vencidas de antemano. No es del todo cierto, pues César pierde en Dirraquio y se retira a Tesalia, mientras que Pompeyo planta batalla antes de tiempo en Farsalia y pierde. El general huye a Egipto y todos sabemos lo que aconteció después. Cicerón estaba enfermo en Dirraquio y luego embarcó a Corcira. Poco después,

Catón el Joven se suicidó en Útica. El hijo de Marco Tulio había luchado con diecisiete años. Catón había propuesto como procónsul a Cicerón, que ya lo era, con el encargo de dirigir el ejército pompeyano hasta la vuelta de su general. Cicerón lo evitó y sugirió negociaciones de paz que fueron rechazadas por los propios pompeyanos, entre ellos el hijo del general. Cicerón alentando la paz y metido en la guerra, Cicerón respetado por ambos contendientes pero, sin embargo, sin que ninguno le hiciera partícipe de sus verdaderas intenciones y movimientos.

Cicerón regresa a Italia y Marco Antonio lo conmina a que se exilie de nuevo. Su yerno le confirma que César lo perdona —una vez más— y que puede regresar. Entonces Marco Antonio se venga sibilinamente proclamando un edicto en el que prohíbe entrar y permanecer en Italia a todos los pompeyanos, excepto a Cicerón. Esta declaración colocaba al escritor como un traidor. «¡Qué ofensas tan abundantes y graves!», le dice a Ático. En Bríndisi pasó un año. Estaba en Italia, pero alejado de las intrigas. Su hija se había separado y él la recibe en el exilio interior, donde también se entera de la noticia de la ignominiosa ejecución de Pompeyo. Su familia, su hermano Quinto y su sobrino, lo recriminan públicamente. Sus deudas crecen. A veces da la impresión de que Marco Tulio era más querido o admirado por César y los suyos que por Pompeyo y sus seguidores. O, al menos, unos y otros le tenían la misma consideración. César, de nuevo, le vuelve a perdonar. Tras demorarse en la campaña de Egipto, a su regreso el general le pide al escritor una nueva cita. Cicerón duda siquiera en contestarle: «¡qué vergonzosa resulta la adulación, cuando el mero hecho de vivir es para mí una vergüenza!», le dice a Ático. A este mismo interlocutor, cuando le narra finalmente el encuentro con César, le comenta que no charlaron de cosas importantes, pero sí de muchas eruditas: «¿qué quieres que te diga?; disfruté y lo pasó bien». Leyendo las cartas a Ático, una obra excepcional para conocer la vida privada y pública del autor y de toda una época, uno se reconcilia con Julio

César. Evidentemente, todas las críticas que le hacía Cicerón eran verdaderas. Se estaba convirtiendo en el mayor peligro para la República, había instaurado la dictadura, iba camino de restaurar la monarquía a través de su persona e incluso existía la propuesta de subirlo a los altares como una divinidad más. Pero César luchó también por la mejora de las clases populares y la grandeza de Roma. Y perdonó a todos sus enemigos, quienes lograron derrocarlo después de reiteradas conspiraciones. Tenía un gran respeto por la cultura y entre sus muchos proyectos estaba la ampliación de la ciudad, la creación de una gran biblioteca pública y el cuidado de la arquitectura y las artes. ¿César pensó alguna vez que al frente de todo aquello podría poner a Marco Tulio? Probablemente sí. Un gran intelectual a la cabeza de una escuela como las atenienses o las alejandrinas. ¿Qué hizo si no, pocos años después, su heredero Octavio? Se rodeó de escritores como Virgilio, Ovidio —el que más sufrió la incompreensión del poder—, Horacio y tantos otros, pastoreados por Mecenas. Pero Cicerón sufre por defender su libertad de opinión y sus ideas y, como décadas antes Sócrates en Atenas, y como después repetirá Séneca frente a Nerón, pensará que no hay más camino de salida que el sacrificio, la muerte. En las cartas a Ático la invoca reiteradas veces y no simplemente como recurso literario. «Quien no teme a la muerte, ¿va a temer ser esclavo?» Plutarco atribuía este verso, citado por Cicerón en una carta enviada a su más fiel corresponsal, a Eurípides. Tanto Marco Tulio como Séneca asumen esta posibilidad como propia. En el año 49, cinco años antes de la conjura contra César, Cicerón le sugiere a Ático que ya era tiempo de pensar «en la otra vida perpetua, no en ésta tan corta».

Cicerón defiende la República, una república conservadora regida por ilustrados, representantes de las buenas y antiguas familias romanas. Una especie de democracia ilustrada. César era un político populista: «si vence, veo una matanza, y un asalto a las riquezas de los particulares, y el retorno de los desterrados, y la cancelación de las deudas, y los

cargos de honor para los más corrompidos, y una monarquía intolerable, no ya para un hombre romano, sino incluso para cualquier persa», le comenta a su compañero de estudios y amigo en la misma misiva.

Cicerón ya había sufrido otras agresiones físicas y exilios exteriores e interiores. Tras el duro final de Catilina y la condena de cinco de sus cómplices, en un juicio rápido y sin demasiadas garantías legales, César y el mismo Pompeyo apoyaron a Publio Clodio Pulcro en la pelea contra quienes los habían condenado, entre ellos Cicerón. El autor de las *Catilinarias*, para evitar conflictos con Clodio, tribuno de la plebe que se había conrgraciado con las clases populares romanas repartiendo el trigo gratis, se fue a la Galia como legado de César (el general salía en su ayuda una vez más) en una misión no oficial para cumplir un voto. Y posteriormente también recibió el auxilio de Pompeyo. Catón, que había fustigado igualmente a Catilina con su demoledora retórica, fue relegado a Chipre. Marco Tulio se salvó físicamente de las bandas de Clodio, pero no pudo evitar que destruyera su casa del Palatino, así como las fincas de Túsculo y Formias. Tampoco él ni sus mentores pudieron evitar la promulgación de algunas leyes persecutorias hacia su persona. La *Lex Clodia decapite civis Romani* mandaba al exilio y confiscaba los bienes de todos aquellos que hubieran hecho ejecutar sin juicio a un ciudadano romano. Además, tenía carácter retroactivo. Otra ley, la *Clodia de exsilio Ciceronis*, le condenaba a vivir más allá de las quinientas millas de las costas de Italia. Cicerón se quedó solo y tuvo que marchar a Tesalónica. Y por aquel entonces ya le surgieron tentaciones suicidas, según le dice a Ático: «estoy profundamente arrepentido de vivir, nadie ha sido jamás víctima de una calamidad tan grande; para nadie ha sido más deseable la muerte». Una vez más, Bríndisi se convierte en el lugar de retorno. Allí le espera su rehabilitación, para regresar a Roma poco después y ser recibido por una gran multitud. Pompeyo considera a Marco Tulio Cicerón como su «segundo yo», pero la venganza de Clodio

había sido tremenda. Declaró la casa del intelectual lugar de las divinidades y mandó construir un templo a la libertad colocando allí una gran estatua, lo que le impedía legalmente reconstruir su vivienda. De nuevo se vio metido en pleitos que ganó, pero, sin embargo, los seguidores de Clodio volvieron a destruir las obras de rehabilitación y atacaron al propio escritor. Y Marco Tulio se convirtió en su mejor abogado. Corre el año 56 y el triunvirato de Pompeyo, Craso y César se renueva. Cicerón apoya en el Senado a César para que se le ofrezcan recursos para mantener sus legiones. Y también lo secunda para el gobierno de las Galias. Cicerón siempre mostró su mala conciencia por esta debilidad. En las idas y venidas de Roma, tratando de evitar la complicidad con quienes ponían en peligro la República, le confiesa a Ático que no para de leer y revivir con las letras. Y del 55 al 51 escribe algunas obras, como *Retórica* y *De República*. A pesar de los conflictos, aquel interregno de concordia se va a romper con la muerte de la hija de César y esposa de Pompeyo, así como con el asesinato de Clodio por las gentes del cónsul Milón en el año 52. Cicerón defiende tenazmente al cónsul amigo sin lograr salvar su vida y abandona Roma de nuevo en otro exilio enmascarado para hacerse cargo del gobierno de Cilicia. Desde allí le confiesa a Ático que siente nostalgia de la luz de Roma, del foro, de su casa y de los amigos. Pero parece ser que llevó a cabo una buena labor militar y administrativa. Un año después, al regresar a la capital, se da cuenta de que la guerra civil entre Pompeyo y César es inevitable. Pompeyo, apoyado por el Senado, los conservadores y por él mismo; César, por los populares. El resultado ya lo sabemos.

Antes de volver a los últimos años de César, y también a los pocos que le restaron a Cicerón tras la muerte de su enemigo político, quisiera comentar el asunto de Catilina, por quien siempre he sentido una ambigua comprensión. Los actores de este suceso histórico son: César, Cicerón, Marco Porcio Catón de Útica, bisnieto de Catón el Censor, el de «Carthago delenda est», y Lucio Sergio Catilina. Este últi-

mo era un personaje enigmático y, por eso, nos sobrecoge aún hoy. Catón, más conservador que su gran amigo Cicerón, defendía el ideal republicano y la función senatorial. Se enfrentó a Sila, a Catilina y a los hombres del primer triunvirato: César, Craso y Pompeyo, mientras Cicerón apoyaba a Pompeyo sobre Craso por considerarlo menos peligroso para la República. Cuando su candidato cayó definitivamente, Catón fue desterrado a Útica y allí se suicidó. Catón fue una especie de patriarca bíblico y Dante lo sitúa en la playa del antepurgatorio, vigilando el lugar, con el rostro iluminado por las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Pero las posee sin la gracia de la revelación. Virgilio le presenta al poeta italiano con estas palabras: «Or ti piaccia gradir la sua venuta: / libertà va cercando, ch'è sì cara, / come sa chi per lei vita rifiuta. / Tu'l sai, ché non ti fu per lei amara / in Utica la morte, ove lasciasti / la vesta ch'al gran dì sarà sì chiara». («Dígnate agradecer su llegada: / va buscando libertad, que es tan preciada / como sabe quien por ella renuncia a la vida. / Tú lo sabes, que por ella no te resultó amarga / en Útica la muerte, donde te despojaste / de la vestidura que el gran día será radiante.») Dante destacaba de Catón la libertad moral, la firmeza de carácter, el sentido de la justicia y la dedicación al bien común. Y en *Convivio* lo calificaba de estoico.

Catilina pertenecía a la pequeña nobleza y había querido ser cónsul por tres veces. Los fracasos electorales lo habían llevado a la ruina. Y Cicerón, que le demuestra un odio personal más allá de la política, impidió su éxito con pretextos e intrigas. En el año 64 se presentaron como candidatos Cicerón, del partido de los aristócratas, Catilina y Cayo Antonio Híbrida, representando a la plebe, que tenía el apoyo secreto de César y Craso, así como de Cicerón, que había prometido ayudarle cediéndole alguno de sus votos. Por tanto, Catilina no salió electo a pesar del gran apoyo ofrecido por las masas. Muchas de las propuestas sociales de Catilina serían luego ofertadas por César: prometió anular las deudas, repartir

las tierras y otorgar más derechos a los esclavos y a las mujeres. Era un demagogo y revolucionario que Cicerón tildó de arrogante, aventurero y levantisco. En el año 63 volvió a presentarse con lo que hoy consideraríamos un programa de izquierdas, la primera vez que un patricio romano tomaba partido por la plebe. Seguramente buscaba únicamente el poder y su propio beneficio, pero ¿quién no? Cicerón defendía sus intereses de clase, lo mismo que Craso, uno de cuyos negocios era la usura. Pero a Catilina no le permitieron demostrar sus buenas o malas intenciones. No le dieron ninguna oportunidad y, de hecho, lo «obligaron» a la sublevación. De nuevo volvió a perder y de nuevo Cicerón lo calificó de extremista. Cuando se habla de conjura, lo que realmente montó Lucio Sergio Catilina fue una revolución en toda regla, aunque con pocos medios y no todo lo bien organizada que requería semejante acción. ¿Hubiera hecho lo mismo si se le hubiera dado alguna otra salida? Cicerón recibió los plenos poderes y reunió al Senado. Y Catilina acudió sin saber que su conspiración era ya conocida. Cicerón lanzó entonces, en su presencia, la primera catilinaria, «Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?». «¿Hasta cuándo, Catilina, has de abusar de nuestra paciencia? ¿Cuándo nos veremos libres de tus sediciosos intentos? ¿A qué extremos se arrojará tu desenfrenada audacia?»

El discurso de Cicerón es excepcional y fue más mortífero que todas las armas que lo derrotaron y decapitaron en Pistoia. Destruyó sus razones y lo condenó al infierno de la memoria: «¿Es que temes acaso la censura de la posteridad?». Y en la segunda arrojó sobre él todos los vicios: «¿cuál maldad o infamia podrá imaginarse que él no concibiera? ¿Qué envenenador, qué gladiador, qué ladrón, qué asesino, qué parricida, qué falsificador de testamentos, qué autor de fraudes, qué disoluto, qué perdido, qué adúltero, qué mujer infame, qué corruptor de la juventud, qué depravado y deshonorado puede encontrarse en toda Italia que no confiese haber tenido familiarísimo trato con Catilina? ¿Qué homicidio se ha cometido

en estos últimos años sin que él intervenga?...». Realmente, la oratoria de Cicerón está por encima de la capacidad malévolá del personaje combatido. Catilina contestó, después de oírlo por primera vez, de una forma inteligente: «ya que, rodeado de enemigos, me queréis reducir a la desesperación, apagaré bajo un montón de ruinas el fuego encendido contra mí». La arenga y exhortación a los conjurados contra la República es muy breve, pero intensa y significativa: «cada día se inflama más y más mi ánimo, cuando considero cuál ha de ser precisamente nuestra suerte, si no recobramos con las armas la libertad antigua. Porque después que la República ha venido a caer en manos de ciertos poderosos, de ellos, y no del pueblo romano, han sido tributarios los reyes y tetrarcas: a ellos han pagado el estipendio militar los pueblos y naciones; todos los demás, fuertes y honrados, nobles y plebeyos, hemos sido indistintamente vulgo, sin favor, sin autoridad, sujetos a los mismos que nos respetarían si la República mantuviese su vigor. Así que todo el favor, todo el poder, la honra y las riquezas las tienen ellos, o están donde ellos quieren; para nosotros son los peligros, los desaires, la pobreza y la severidad de las leyes. Esto pues, ¡oh varones fuertes!, ¿hasta cuándo estáis en ánimo de sufrirlo? ¿No es mejor morir esforzadamente que vivir una vida infeliz y deshonorada, para perderla al fin con afrenta, después de haber servido de juguete y burla a la soberbia de los otros?...». ¿Manejaba Cicerón a la República? Por supuesto que lo intentaba, aunque siempre fue respetuoso con las decisiones democráticas del Senado. Pero si Cicerón ahogó a Catilina, Catón lo remató en el juicio final contra sus seguidores. Catilina gritó: «¿qué cosa nos queda ya, sino la triste vida?». Y Catón respondió: «no se trata por cierto ahora de tributos, ni de vengar injurias hechas a nuestros confederados; trátase de nuestra libertad y nuestra vida, que están a punto de perderse». Los conjurados fueron detenidos, el Senado debatió sobre su futuro y, finalmente, se les estranguló, aunque César nunca estuvo conforme con esta decisión. Él hubiera sido clemente y generoso

con ellos. Cuando fue elegido cónsul en el 59 quiso llevar a cabo la reforma agraria de Catilina. Y en *La conjuración de Catilina*, Salustio ensalza la audacia y energía de los soldados levantiscos.

Cicerón, como hemos visto, pagó cara aquella compleja decisión. Catón ahondaba su camino hacia el suicidio, pues había acusado a César de complicidad. A Ático le comenta Cicerón, en una misiva del mes de mayo del año 45: «he deducido con claridad del libro que me mandó Hircio cuál va a ser la reprobación contra mi “Elogio”; en él recoge los defectos de Catón, pero con las máximas alabanzas hacia mi persona. Por tanto he mandado el libro a Musca para que se lo dé a tus copistas. Quiero, en efecto, que se divulgue y tú podrás dar a los tuyos las órdenes para que se haga con más facilidad».

Dejamos, páginas atrás, a Cicerón debatiéndose con su rival más complejo y difícil. Había destruido a otros menos poderosos, como Catilina, pero Julio César era más peligroso. Y la dificultad la encontraba en que no era capaz de provocar en el tirano un enfrentamiento personal, como sucedió con Catilina y como luego llevará a cabo con Marco Antonio. Cicerón no participa en el asesinato de César. No era persona que ejerciera la violencia, ni quienes confabularon contra el dictador estaban seguros de que éste los hubiera alentado. Pero sí se alegra de esa muerte. En las *Filípicas*, la versión que ofrece él mismo es muy aclaratoria. Marco Antonio lo había acusado de haber sido el instigador principal del asesinato, por la simple razón de que cuando Bruto clavó el cuchillo gritó el nombre de Cicerón y le dio las gracias por la recuperación de la libertad. «¿Porque yo estaba al tanto? Mira si no sería la causa de que me nombrara el que, habiendo realizado él una hazaña semejante a las que yo mismo había realizado, me puso a mí en especial como testigo de que él había emulado mi gloria. En cambio tú, más necio que nadie, ¿no comprendes que si es un crimen haber querido matar a César —eso de lo que me acusas—, también es un crimen haberse alegrado

de su muerte? Pues, ¿qué diferencia hay entre el que aconseja una cosa y el que aprueba? ¿O qué importa si yo quise que ocurriera o si me alegro de que haya ocurrido? ¿Hay, por tanto, alguien —hecha excepción de los que se alegraban de que aquel fuera rey— que no haya querido que aquello haya ocurrido o que lo haya reprobado una vez ocurrido? Así pues todos son culpables. En efecto, todos los hombres de bien, en la medida de sus posibilidades, mataron a César: a unos les faltó decisión, a otros valor, a otros ocasión; ganas, a ninguno». Cicerón lo explica en la *Filípica II*, donde pone en duda que Marco Antonio no tuviera —por otros motivos menos honrosos— las mismas intenciones. ¿Por qué se alejó en el instante crucial de Julio César? Los mayores beneficios de su muerte, al menos los más inmediatos, los recibió Marco Antonio, y así los relata Cicerón en esta misma *Filípica*: «te benefició, sin embargo, sobre todo a ti, que no sólo no eres esclavo sino que incluso te comportas como un rey; a ti, que saldaste tus enormes deudas en el templo de la Abundancia; a ti, que por medio de los mismos registros has dilapidado incontables cantidades de dinero; a ti, a cuya casa han sido llevadas tantísimas cosas de la casa de César; a ti, en cuya casa está instalada una muy lucrativa oficina de cuadernos de memorias y papeles manuscritos falsos, un escandaloso mercado de tierras, ciudades, exenciones, tributos. Y, en efecto, ¿qué hecho a no ser la muerte de César hubiera podido remediar tu pobreza y tus deudas?».

Todos los horrores que Cicerón había previsto si César hubiera sobrevivido por más tiempo quedaban minimizados ante el salvaje poder de Marco Antonio. A Ático, en el año 49, le había escrito Marco Tulio que, si César vencía, «veo una matanza, y un asalto a las riquezas de los particulares, y el retorno de los desterrados, y la cancelación de las deudas, y los cargos de honor para los más corrompidos, y una monarquía intolerable». Sin tribunales, sin leyes legítimas, sin el poder del Senado, ¿qué pasaría con Roma? Cuando César murió, desapareció el tirano pero pervivió lo peor de la tiranía en Marco

Antonio. Lástima que no lo hubieran ejecutado también en aquel instante, debió de pensar Cicerón.

Marco Tulio Cicerón tenía una especial predilección por Bruto, a quién le dedicó algunas de sus obras, entre ellas *El orador* y *De virtute*. El joven Bruto descendía de una familia defensora de la libertad de Roma y de la República. Estaba, además, muy bien educado y era extremadamente culto. En carta a Ático, fechada en el año 44, Cicerón le confiesa esta amistad por el alumno preferido: «no voy a abandonar en ninguna circunstancia a mi Bruto e, incluso si no tuviera nada que ver con él, lo haría por su singular e increíble valía». La inteligencia, el saber, la cultura, la tradición luchando contra la zafiedad. Pero ¿era esto suficiente? ¡No! Demasiadas dudas, demasiadas incertidumbres, demasiados prejuicios e ineptitudes militares, pero también de acción política. Cicerón no pudo evitar todo este cúmulo de errores. Si el escritor manifiesta, en carta al cónsul Dolabela, su admiración por lo que había hecho Bruto en los Idus de marzo, destacando «su excelente talento, sus deliciosas maneras, su singular honradez y perseverancia», pocos días después —también en el mes de mayo del 44— le comenta decepcionado a Ático: «él proyecta el destierro; yo en cambio veo otro puerto más accesible a mi edad; al cual, por cierto, preferiría arribar con nuestro Bruto en pleno vigor y la República bien asentada». Ese otro puerto era la muerte. Cicerón duda —según van las cosas— de que la desaparición de César sirviera para algo. Él basa la salvación de la República, en los primeros tiempos, en Bruto; después, cuando aparece en escena Octavio, se la añade a él también casi desesperadamente. Octavio tenía dieciocho años, era nieto de la hermana de César y había sido adoptado por él. Uno de los encuentros entre ambos se produjo en Nápoles, en la finca de Puteoli. Octavio le garantizó su seguridad, mientras Cicerón le comprometió su apoyo. Sin embargo, el escritor feneció antes que su pupilo Bruto. Maestro y alumno fracasaron. Cicerón amaba tanto la vida de acción como la soledad sumida en las lecturas o la contemplación del paisaje inquietante.